

BT660

.68

4582

v.2

Es propiedad de los Editores,  
y nadie podrá reimprimirla sin  
su consentimiento.



Biblioteca Nacional de España  
Deposito legal 1900-1901

LIBRO I

UNA PÁGINA DE UN DRAMA



AVILA DE A. JETTES  
LONDRES ENLEND  
005332

BT660

.68

A582

v. 2



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



#### Capítulo I

### El viajero

**N**os dos años después de la conquista de México, y como siete ú ocho próximamente antes de acontecidos los sucesos que referidos quedan al fin del tomo que á este precede, había ocurrido en esta capital del Nuevo Mundo lo que inmediatamente pasamos á referir.

No es nuestro ánimo volver á pintar en este sitio aquellos primeros días de la colonización española, pero bueno será que los lectores recuerden cuanta y cuan grande era la confusión que reinaba en el nuevo orden de cosas que había hecho surgir el genio, grande entre los grandes, del maravilloso conquistador.

La mal contenida cólera del pueblo vencido, la inquietud muy justificada de los vencedores que apenas podían creer en la rápida sumisión de aquellos pueblos tan

superiores en número y tan hechos á las fatigas de sus continuas guerras, causas eran de que retraídos los unos de los otros se produjese un aislamiento general altamente favorable á la perpetración de crímenes y asesinatos difíciles de reprimir y castigar, puesto que sus autores podían contar para su impunidad con la falta casi absoluta de testigos.

Los conquistadores escondíanse los unos de los otros para mejor dedicarse á la busca de soñados tesoros que suponían enterrados bajo las ruinas de la capital azteca y ¡ay del que á celarlos se atreviese! pues moría sacrificado por la ajena codicia, si no era astuto en la fuga ó más fuerte en el ataque.

Y como aquellos tesoros, la mayor parte de las veces no eran encontrados en donde se les buscaba, ó su cuantía distaba mucho de corresponder á las esperanzas del buscador, la sed de oro y de riquezas nunca quedaba satisfecha, y la codicia crecía á medida que los desengaños se multiplicaban.

El entusiasmo sin ejemplo de los descubridores de las comarcas del Nuevo Mundo, les hizo exagerar hasta lo infinito las maravillas y riquezas de las regiones descubiertas, y con fantástica calentura vieron en los terrenos que pisaban ó en las ciudades como no han existido jamás sino en los cuentos ó leyendas de imaginaciones sobreecitas. Al brillar de aquel sol espléndidamente claro y fulgurante antojábaseles oro purísimo las arenas amarillas; diamantes, los fragmentos de cuarzo, y limpias láminas de plata, el pulido reboque de cal en las paredes.

Dijéronlo así en la locuacidad de su admiración y con

el fin de ponderar la magnitud de sus aventuras, y sentada dejaron la falsa fama de aquellas regiones, en las cuales, si el trabajo suele ser algo más productivo que en otras más pobladas, no por eso deja de cumplirse la célebre pena aquella de ganarás el sustento con el sudor de tu frente.

Pero si en nuestros días no son escasos los que creen que aun son estas tierras la realización de los sueños de las *Mil y una noches*, ¿que no creerían los contemporáneos de los primeros descubridores?

A la exageración de sus creencias se debió que muchas comarcas del Viejo Mundo se despoblasen para invadir el Nuevo, con gran disgusto de los conquistadores que acusaban á los recién venidos de querer disputarles el fruto que única y exclusivamente á sus fatigas correspondía, por cuya razón odiábanlos y se ensañaban contra ellos con positivo encarnizamiento.

De este odioso rencor aprovechábase los naturales para matar en detalle á los que en conjunto hubieranlos matado á ellos, y los asesinatos multiplicáronse en los primeros años de la dominación de la raza conquistadora.

Cuando mayor era el desorden que como consecuencia ineludible traía consigo el establecimiento del nuevo orden de cosas, un nuevo inmigrante, de quien debemos ocuparnos en estas páginas, llegaba al reino recientemente conquistado, y después de pasar casi inapercibido por la villa nueva de Veracruz, se encaminaba á México acompañado de una niña de doce años, hija suya.

Era el nuevo inmigrante un hombre como de cincuenta años de edad, de mediana estatura y débil complexión. Su rostro demacrado y la lánguida expresión de su fiso-

nomía, revelaban á primera vista que aquel desgraciado había sufrido más de lo que á sus pocas fuerzas fué dable soportar, y lástima y pena causaba verle obligado á detenerse á cada instante para recobrar las fuerzas que hacíanle perder las fatigas del improbo camino.

Tres días llevaba de marcha el viajero y contaba con llegar á México pasados otros dos más, cuando habiendo hecho noche en un pobre y aislado *jacal*, despertáronle en mitad de su sueño salvajes gritos de una banda de malhechores que acababa de asaltar la miserable habitación en que se hospedaba.

En vano pretendió oponer resistencia á los bandidos.

Derribado en tierra al primer golpe que recibió, cuando á la mañana siguiente volvió en sí, horrible fué la situación en que se halló.

El *jacal* había quedado reducido á cenizas, que aun en varios sitios humeaban.

Su guía indio yacía cadáver á pocos pasos.

Su equipaje había sido saqueado y su hija, la hermosa niña que le acompañaba y fortalecía con sólo su presencia, había desaparecido.

Los gritos de dolor supremo con que expresó su desesperación nadie pudo oírlos, ni en su auxilio acudir.

En la inmensidad del llano en que se encontraba no se distinguía ni hombre ni morada alguna.

Era aquello un desierto, un horrible desierto.

En vano buscó la huella que pudieran haber dejado los malhechores.

Nada, absolutamente nada halló que se la indicase. Su desesperación fué espantosa y su exceso hubiéralo matado, si sobre la flaqueza del hombre no se hubiese hallado la voluntad de Dios, que no permite que sus

criaturas mueran hasta la hora precisa de antemano marcada por su Omnipotencia infinita.

Sólo así se explica que no nos maten dolores tan fuertes como á las creces anonadan al hombre.

Al fin de un espacio más ó menos largo de tiempo, el desventurado viajero salió vivo del primer impulso de su dolor cruel, y determinó proseguir su camino hasta la capital, donde tal vez le sería menos difícil encontrar quienes le ayudasen á recobrar á la desventurada niña.

Antes de proseguir, registró de nuevo el campo de sus desastres, y entre un montón de escombros halló una especie de fuerte bolsa ó saco de cuero, que contenía todos sus papeles y varios rollos de monedas de oro en que estaban encerrados veinte mil ducados que constituían parte pequeña de su gran fortuna, hecha en la isla Española.

Mucha fué su sorpresa con aquel hallazgo.

¿Qué intención podía haber sido la de los malhechores al asaltarle, si allí habían dejado aquella bolsa demasiado voluminosa para que pudiera haber pasado desapercibida?

El viajero contó los paquetes de monedas, y registró todos sus papeles: no encontró que le faltase cosa alguna.

El ducado español era una moneda de oro del valor de trescientos setenta y cinco maravedís; ó sean, próximamente, cuatro reales y cinco centavos y un maravedí de aquel tiempo.

Cuatro días empleó para hacer la marcha que había calculado en dos, pero al fin, venciendo toda clase de fatigas, llegó durante una tempestuosa noche de los primeros días de Agosto á la capital de México, término por el momento de su desgraciado viaje.

Ya en ella, pudo con grandes dificultades encontrar

en la calle de Ixtapalapa la casa que debía habitar un pariente suyo, venido á México desde los primeros días de la conquista.

Dicha casa estaba en un todo desprovista de muebles y casi abandonada, según pudo notar el viajero, que en ella penetró por haber hallado abierto el portón que á la calle daba.

Pero antes de llegar al fin de una de las alas de las piezas distinguió, á la luz de un farolillo que en el suelo estaba, á un jóven como de veinte años de edad ocupado en formar un bulto ó paquete con varios objetos.

Dirigióse desde luego á él, y saludándole, le preguntó:

—¿Tendréis la bondad de decirme si es esta la casa de D. Fernando Ponce de León.

El joven levantó reposadamente la cabeza, y fijando en el recién llegado una mirada en extremo melancólica, contestó:

—Lo era, caballero; lo era, mas ya no lo es.

—¿Podríaís, puesto que al parecer he equivocado la dirección, podríaís, repito, decirme dónde podré encontrarle?

—A vuestra vez,—observó el joven sin apartar del anciano la mirada, —¿podríaís decirme con qué objeto le buscáis?

—No tengo inconveniente en deciroslo; acabo de llegar á esta ciudad, soy pariente de Ponce de León, y...

El joven se puso en pié, y con afectuoso acento interrumpió al anciano, diciéndole:

—¿Sois entonces D. Felipe de Rioja?

—El mismo, y vos sois...

—Alvar Ponce de León, sobrino vuestro por parte de mi madre, de la que sois primo hermano.

Teníamos, en efecto, noticia de vuestra llegada, y hasta hace dos días os hemos esperado.

—Hace, así es la verdad, dos días que debí haber llegado, pero asaltáronme unos malhechores en el camino y esto me impidió llegar hasta hoy.

Pero, en fin, á vuestro lado me encuentro y si en ello quieres servirme, llévame, te lo ruego, cuanto antes, á la casa de tu padre.

—Así lo haré con sumo gusto, pero no llegaremos allá sino dentro de dos horas cuando ménos, y eso si mi pobre *Rápido*, que á la verdad ya no lo es, puede con nosotros dos.

—¿*Rápido* es, sin duda, tu caballo?

—Mio, sí, y antes lo fué de mi padre cuando mi padre era rayo de la guerra, y vencedor en cuantos combates entraba.

Hoy el infeliz *Rápido* ha descendido á su vez de caballo de batalla á miserable bestia de carga.

Este descenso le tiene flaco y acabado y apenas le quedan fuerzas para servirnos.

—Sé,—contestó el anciano Felipe de la Rioja,—cuanto se ha ensañado la mala suerte en maltratar al marqués de Ponce, pero Dios tendrá misericordia de nosotros y á todos nos devolverá lo que nos falta.

—¡Vana esperanza!—observó Alvar Ponce;—mi padre, el noble marqués, vive casi en la miseria y lucha en vano por salvar su título que no usa, de la deshonra que sus deudas han traído sobre él. Mi familia ha caído para no volver á levantarse jamás.

Dos días hace que mi padre ha cedido esta casa á sus acreedores, y cuando vos entrasteis me ocupaba en recoger estos últimos trastos que aquí veis, para dejarla ente-

ramente vacía y á disposición de sus nuevos dueños.

—Los López de Cardona, ¿no es cierto?

—Sí, los orgullosos López de Cardona que hoy poseen los bienes que á sólo nosotros debieran pertenecer, por haberlos legado á los López de Cardona D. Beltrán Ponce de León, hermano de mi padre.

Pero vive Dios que no todo ha de ser eternamente lo que es en la actualidad, y tales vuelcos pueden dar las cosas, que los pobres de hoy sean los ricos de mañana.

Mas mi tarea ha concluído; la noche amenaza negra tempestad, y si queréis, mi tío y señor D. Felipe de Rioja, llegar pronto á la casa de mi padre, debemos inmediatamente ponernos en marcha, que es el camino por demás largo y pesado.

## Capítulo II

### La familia Ponce de León

**E**l pobre *Rápido* se portó lo mejor que pudo.

Había sido realmente en sus tiempos un gran caballo.

Pero sus tiempos habían pasado, y los años, más que la vergüenza de su actual estado, como bondadosamente suponía el joven Alvar Ponce, teníanle á miserable estado reducido.

Difícilmente pudiera haberse reconocido en él al noble bruto, que, identificado hasta cierto punto con su señor, nunca dejó de entrar con pujante brío en las numerosas acciones de guerra en que D. Fernando Ponce de León conquistó la justa y merecida fama de rayo de la guerra que nadie le negaba ni en el uno ni en el otro mundo, testigos ambos de su arrojo y sus proezas.

Pero aun reducido á mísera condición, malamente alimentado, y rebajado hasta el punto de estar sirviendo

de bestia de carga, el *Rápido* no dejó jamás de prestar buenos servicios á su amo, no obstante que éste ninguna atención le prestaba y con indiferente desdén le veía.

Sin duda bastaba á consolarle de tamaña ingratitud el aprecio y cariño con que le miraba y cuidaba el buen Alvar Ponce, cuya afición á los caballos le hacía consagrarse con positiva delectación á hacer menos pesada la existencia del noble *Rápido*.

En mucho menos de las dos horas calculadas por Alvar, el pobre animal puso á sus dos jinetes en el dintel de la puerta de la casa que ocupaba con su familia don Fernando Ponce de León, marqués de Ponce, á alguna distancia de la villa de Texcoco.

Dicha casa presentaba un aspecto bien distinto de las que ya por aquel entónces formaban la ciudad que santificaron con su evangélica predicación el angelical Fray Pedro de Gante y el virtuoso Padre Motolinia.

Edificada desde sus cimientos según los planos é indicaciones del mismo Ponce de León, semejaba una pequeña fortaleza, en cuyas gruesas paredes se abrían muy de trecho en trecho, unos huecos más parecidos á troneras que á ventanas.

Su extensión y área interior, si bien cortas para fortaleza, eran, no obstante muy considerables para casa habitación de un simple particular que no ejercía autoridad ni mando algunos.

Su mueblaje era en extremo sencillo y nada en él revelaba la noble condición de su dueño.

Esto tenía una fácil explicación.

La casa principal de los Ponce de León no era la de Texcoco, sino la de México, situada, como dejamos dicho, en la calle de Ixtapalapa.

Aquella había sido edificada con el único objeto de servir de seguro depósito á los productos de las propiedades de su dueño.

Ponce de León había sido uno de los más distinguidos capitanes de los ejércitos del Emperador, quien por su valor y prendas personales habíale siempre distinguido y conferídole el título de marqués, que siempre habían llevado sus antepasados, pero del cual privó á uno de ellos el rey D. Pedro el Justiciero, por haber seguido el bando del bastardo D. Enrique.

Nadie se mostró más orgulloso con los honores y distinciones logrados por D. Fernando Ponce de León que su hermano D. Beltrán, rico mercader, poseedor de una colosal fortuna.

Era D. Fernando su hermano menor, y de padre le sirvió D. Beltrán cuando los de ambos murieron, dejando al primero de edad apenas de tres años y al segundo de veintitres, y á uno y á otro en una pobreza vecina á la miseria.

D. Beltrán, que siempre había demostrado vocación para el comercio, á él se dedicó desde luego, con tan buena fortuna, que en pocos años llegó á pasar por uno de los más ricos mercaderes de Valladolid, patria de los Ponce de León.

Cuanto hizo por que su hermano abrazase su misma profesión fué de todo punto infructuoso.

D. Fernando era inclinado á las armas y á su ejercicio hubo de dedicarle D. Beltrán, aun contra su voluntad, cediendo tanto á la vocación de su hermano como á sus convicciones de buen comerciante que no puede sufrir ni disculpar la ociosidad en persona ninguna.

Pronto D. Fernando comenzó á distinguirse y D. Bel-

trán á felicitarle de no haber contrariado sus inclinaciones, y su admiración y su orgullo llegaron á lo infinito cuando el Emperador elevó al joven guerrero á título del reino.

Pero esta misma elevación fué la causa de la ruina y desgracia de D. Fernando, cuyos laureles eran tantos como pocos los bienes de fortuna que le valieron sus campañas: bien es verdad que D. Fernando era de un carácter franco, desprendido y gastador, y no sólo derrochaba cuanto por sí propio reunía, sino cuanto le facilitaba D. Beltrán, que jamás quiso poner coto á tales derroches, pues gustaba de que tan distinguido militar se diese el porte á su fama correspondiente.

Titulado ya marqués asignóle las rentas consiguientes y en un exceso de su disculpable vanidad, se echó á buscarle para esposa alguna elevada princesa, que á no menos creyó debiese aspirar un hombre como su hermano, que con el tiempo habría de heredar la enorme fortuna por él acumulada.

Pero D. Fernando no pensaba como D. Beltrán á este respecto, y lejos de solicitar princesa alguna, mostró decidida voluntad de tomar por esposa á su prima Juana de la Cueva, y lo hizo como habíalo deseado.

Desde aquel momento D. Beltrán retiró por completo su protección á su hermano, y á él y á su esposa negó aun la entrada en su casa.

Epoca de prueba fué aquella para el pobre D. Fernando, pero amaba á Juana con todo su corazón y Juana le correspondía de igual modo, y cuanto pudo hizo para vivir con el decoro que á su rango correspondía.

Pero la empresa fué superior á sus escasos medios para realizarla.

Sabía gastar el dinero, pero ignoraba el modo de ganarlo.

Lo que no pudo obtener de su trabajo lo demandó desde entonces al juego y al azar, y en esta senda peligrosa pronto dió con su perdición.

Para salir de sus compromisos tuvo que humillarse hasta el grado de recurrir á solicitar un préstamo de su pariente Nuño López de Cardona, que nunca habíale querido bien y que á más había también pretendido por esposa á Juana de la Cueva.

López de Cardona, sin duda con infames intenciones, accedió en prestar á D. Fernando cuantas cantidades de él solicitó.

Sabedor de ello D. Beltrán, llamó á Nuño para reprenderle, y el pérfido supo de tal manera congraciarse con él, que el enconoso comerciante le tomó bajo su protección y con él pretendió llenar el vacío que su rompimiento con D. Fernando había dejado en su corazón.

A todo se prestó D. Nuño, y cuando D. Beltrán quiso que así lo hiciese, López de Cardona se casó con una noble dama que aquél le buscó, y que si no era princesa sí llevaba un título condal, nobleza arruinada, pero nobleza al fin.

D. Beltrán, que sin conmoverse ni apiadarse había ido sabiendo que uno tras otro, cuatro hijos tenían ya Juana y D. Fernando, al nacer la primera hija de López de Cardona hizo en favor de ella su testamento, legándole toda su inmensa fortuna, de la que no separó ni la más mínima parte para aquel á quien tanto hubo querido.

D. Fernando pudo haber litigado contra la decisión de su hermano, que para más mortificarle hizo pública, pero su dignidad no le permitió dar este paso, ni aun



por sus hijos, que salían directamente perjudicados.

Además D. Beltrán llevó su rencor al extremo de fundar su determinación de desheredarle, en la cuantía de las sumas que había facilitado á su hermano en la época de su vida anterior á su matrimonio.

Resultado de todo esto fué que la murmuración y la maledicencia se cebaron en el infeliz marqués de Ponce, quien, resuelto á salir para siempre de España, solicitó de Carlos V un empleo de que vivir lejos de su patria, á lo cual no sin trabajo accedió el Emperador, enviándole á las tierras últimamente conquistadas y descubiertas en el Nuevo Mundo.

Hernán Cortés fué, como en su natural estaba, generoso con Ponce de León, y le concedió extensas propiedades en la proximidad de Texcoco y un solar en la calle de Ixtapalapa.

Durante algunos años todo pareció marchar á medida de los modestos deseos de D. Fernando, quien vivió feliz consagrado al amor de su hermosa Juana y al cuidado de sus hijos, de los cuales tres eran varones y el cuarto una niña tan hermosa como la madre.

Más adelante murió D. Beltrán sin haberse apiadado ni aun en la hora de su muerte de su sufrido hermano, y Nuño López de Cardona, que hasta entonces había hipócritamente ocultado su amortiguada pasión por Juana de la Cueva, con su esposa la condesa de Peralta y con su hija Catalina se trasladó á México, sin que nadie acertara á explicarse el móvil de tan extraña determinación.

A partir de su llegada á la capital del antiguo imperio de Moctezuma no cesó de molestar y afligir por todos los medios que le sugirió su doblez, á D. Fernando Ponce de León.

Este, obligado á ello, más por su propio orgullo que por la persecución de López de Cardona, fué desprendiéndose de casi todo cuanto poseía para satisfacer la gruesa deuda con él contraída.

Hemos sabido, pues se lo hemos oído decir á Alvar, que acababa de cederle su casa de la calle de Ixtapalapa, pero aun así, todavía quedaba debiendo á López de Cardona una suma de veinte mil ducados de oro, que era justamente el precio en que habían sido estimados, su casa de Texcoco y los terrenos de su propiedad.

Ponce hubiera querido cedérselo todo desde luego, y de una vez para siempre cortar con Nuño; pero la persistencia de la mala suerte en perseguirle tenia casi agotadas sus fuerzas, y juzgaba que desprendido de aquel último resto de sus bienes, carecería de medios para sustentar á su querida Juana é idolatrados hijos.

Estos, ya lo hemos dicho, eran cuatro: Alvar, el mayor, contaba veinte años; tras de él seguían Rodrigo, de diez y ocho; Juan, de quince, y Esperanza, niña de doce años, que auguraba ser tan hermosa como su buena madre Juana de la Cueva.

D. Fernando conservaba á su lado á tres de sus hijos; al tercero, Juan, habíale enviado á España á que estudiase en la famosa Universidad de Valladolid.

Alvar y Rodrigo habían salido inclinados á las faenas del campo, y á cargo de los dos corría el cuidado de los reducidos intereses de la familia.

Los cuatro hermanos estaban unidos por el más extraordinario cariño fraternal, y todos ellos adoraban con entusiasmo á sus buenos y ejemplares padres.

Y ya que á toda la familia conocemos, pasemos adelante.

## Capítulo III

## Veinte mil ducados

**S** bien la familia Ponce de León se encontraba casi en la miseria, no por eso faltaba en su casa modo y manera de poder hospedar en ella al viejo Felipe de Rioja.

Todo al efecto estaba preparado desde que D. Fernanando recibió noticia de su próximo arribo.

Así se lo manifestó el arruinado marqués, con franca cordialidad, cuando, advertido por Alvar, salió á recibir á su pariente.

Aquella primera entrevista de Rioja y Ponce de León no se hizo ciertamente notar por la alegría ni el contento.

Rioja refirió desde luego la desgracia de que en el camino había sido víctima, y abundantes lágrimas hizo brotar de los ojos de la hermosa Juana, con los lamen-

tos que arrancaba al desventurado padre la desaparición de su hija Isabel, robada por los malhechores.

Ponce de León no tenía grandes esperanzas de que fuese posible y mucho menos fácil el recobrar á la pobre niña, pero se guardó muy bien de manifestarlo así y se ofreció á ayudarle con todas sus fuerzas para conseguirlo.

—En ese caso mañana al amanecer saldremos de aquí para el lugar de la catástrofe,—dijo con natural impaciencia Felipe de Rioja.

A lo cual contestó Ponce de León que él no podía acompañarle por hallarse de antemano comprometido con Nuño López de Cardona á entregarle en las primeras horas del siguiente día las llaves de la casa de la calle de Ixtapalapa, pero le ofreció que le daría por acompañante á Alvar, muchacho jóven y resuelto, sumamente á propósito para el caso.

La conversación rodó después sobre la propia historia de Rioja y de Ponce.

Dijo Rioja que la razón de su viaje había sido la mortal enemistad, por cuestiones políticas, suscitada entre él y el gobernador de la Española, enemistades llegadas á tal extremo, que Rioja se vió en la precisión de embarcarse en la primera nave que se hizo á la vela para Veracruz, como único medio de salvar su vida, seriamente amenazada por los asesinos contra él despachados por el gobernador.

Rioja había dejado de depositario de sus intereses, que eran muy cuantiosos, á un amigo suyo, colono de la Española, y puéstose en camino con veinte mil ducados de oro que por fortuna había tenido á mano en el momento de emprender aquel viaje.

—¡Veinte mil ducados!—repitió D. Fernando, cuyos ojos se iluminaron con una centella de atroz codicia, que rápida se apagó bajo la mirada que la hermosa Juana clavó en su marido.

—Veinte mil ducados, sí;—volvió á decir Rioja, y poniendo sobre la mesa la bolsa de cuero que aquella cantidad y sus papeles contenía, añadió:

—Ahí están en esa bolsa que por milagro encontré entre el montón de cenizas á que redujeron el albergue en que me asaltaron los malhechores: ved en ella las huellas que el fuego dejó.

Hè ahí cuanto por el momento constituye toda mi fortuna.

Pero si las cosas sucediesen á medida de mi deseo, dentro de algunos meses haré venir á México todo mi capital, y aquí me estableceré con vosotros, y á vuestro lado terminarán mis dias, que quizás ya no serán muchos: estoy muy viejo, muy enfermo, y muy acabado, física y moralmente.

Si aun me mantengo en pié, si vivo aún, es sólo porque de mí necesita mi pobre hija, mi hermosa Isabel, niña de doce años, casi tan bella como vuestra encantadora Esperanza.

Pero no sé qué amargo presentimiento me atormenta.

Si mi hija hubiese sido muerta por los malhechores, si ya no hubiera de volver á verla, no permaneceré ni un día más en esta tierra que tan mal me ha recibido; regresaré en el acto á la Española, realizaré á cualquier precio mi fortuna é iré á morir en mi tierra; en Valladolid.

Mientras Rioja hablaba así, casi sofocado por sus so-

llozos, Ponce de León se había ido poniendo más y más sombrío y preocupado.

Juana, con ese fino instinto que es peculiar en las mujeres, comprendió que algo muy horrible embargaba el pensamiento de su marido, y asustada sin saber por qué no apartó de él su vista ni un solo instante.

Cuando Rioja dejó de hablar, Juana no pudo contenerse, y con dulcísimo cariño, preguntó á D. Fernando.

—¿Qué te pasa, Fernando? ¿te sientes mal?

Esta pregunta hizo á Ponce de León volver en sí, y tratando de disimular respondió:

—No, no me siento mal, pero la desgracia que á Rioja aflige me conmueve tanto más cuanto que el estado de mi ánimo es bien amargo y triste.

—¡Ah Felipe, no sabes tú cuánto sufro!

—No desconozco la causa de tus penas;—observó Rioja,—pero al menos, consolarle puede la consideración de que tienen remedio.

—¿Remedio dices?

—Sí tal.

—No lo veo yo.

—Tus penas dímanan de tu momentánea pobreza, y momentánea digo, porque en tierra nueva estás, y esta tierra premia el trabajo del hombre con centuplicadas utilidades.

—Sí, pero cuando ese hombre tiene como yo tengo sobre mí á un villano López de Cardona, que me arranca el pan de la misma boca de mis hijos, el hombre, aun cuando sea fuerte como yo lo soy, no puede, aunque lo quiera, trabajar.

—Fernando, no hables así; me infunde miedo tu pesar,—exclamó Juana casi sollozando.

Ponce de León volvió hacia ella sus ojos impregnados de pena y amor, y dijo:

—¡Pobre Juana mía! ¡Cuán desventurada te hice tomándote por esposa!

—¿Desventurada dices?... ¿por qué si yo te amaba y te amo con todo mi corazón?

¿Acaso nuestras desgracias han podido cosa alguna contra ese supremo bien que en nuestro cariño disfrutamos?

¿No nos ha otorgado Dios unos hijos que son nuestra felicidad?

¡Ah! Felipe de Rioja, vos que lloráis el horrible pesar de la desaparición de vuestra Isabel, decidle á Ponce que mientras sus hijos le vivan y sean buenos y honrados, no tiene motivo para creerse desgraciado!

—Juana tiene razón,—dijo conmovido Rioja:—Juana es buena y hermosa y te ama: tus hijos son honrados y buenos, y ahí tienes, Fernando, sobre tus rodillas la encantadora cabecita de tu hija Esperanza que un ángel parece, dormida como está.

—Por ella y por mi buena Juana, me preocupo y me desespero en mi situación.

¿Qué será de una y de otra, si Dios algún día tuviese á bien llamarme á la otra vida?

—¡Oh! Fernando mío, ¿por qué dices esas cosas?—preguntó Juana llorando.

—Perdóname,—contestó Ponce;—si te aflijo no es por mortificarte, sino por exceso de cariño.

Fuerte me siento aún, y firme está aún el brazo que tanto laurel supo conquistar en los campos de batalla; pero Dios está sobre todo, y nadie sabe el número de sus días sobre la tierra.

¿Qué sería de vosotras sin mí?

Mis hijos varones podrían serviros de mucho, pero todos ellos son demasiado jóvenes para poder sobrellevar la carga, por dulce que sea, de la familia.

Alvar es el más útil para la faenas del campo, y mucho puede hacer cultivándole; pero tú lo sabes, las únicas propiedades que me quedan, pasarán uno ú otro día á manos de López de Cardona, á quien debo aun veinte mil ducados de oro.

—¿La suma que yo traigo en esta bolsa?—preguntó Rioja.

—La misma,—contestó Ponce de León echando una mirada de ilimitada avaricia sobre la malhadada bolsa que aun estaba sobre la mesa en que Rioja había cenado.

—Y bien,—dijo éste con amistoso transporte,—ahí la tienes; toma esa suma, y con ella paga á López de Cardona.

Ponce de León y Juana pusieronse violentamente en pié, radiantes de alegría y temblorosos de sorpresa, y á hablar iban, cuando la puerta de la sala se entreabrió y apareció en su dintel Rodrigo, el segundo hijo de Ponce.

Pero al ver á Rioja que apenas pudo fijarse en él, retrocedió rápidamente, y con voz seca y temblorosa dijo desde fuera de la puerta:

—¡Padre! venid inmediatamente, pero vos solo, os necesito.

Juana adivinó que algo grave ocurría, y quiso salir, pero D. Fernando la detuvo por un brazo, diciéndole con entereza:

—¡Aquí! quédate aquí con Rioja, pronto volveré.

Juana obedeció sumisa y resignada.

Ponce de León, pálido como un cadáver, acudió al llamamiento de su hijo, diciendo á Rioja al salir.

—Perdóname que aquí te deje: Juana te acompañará: hace algunos días que confíé á mi hijo Rodrigo una delicada misión: acaba de regresar, y sin duda tiene algo importante que comunicarme.

No tardaré en volver.

#### Capítulo IV

### El padre y el hijo

**C**UANDO Ponce de León hubo salido cerrando tras de sí la puerta, Rodrigo le dijo con voz siempre breve y seca!

—¡Seguidme, padre!

Después de haber atravesado varias habitaciones, padre é hijo llegaron á una, cuya puerta Rodrigo cerró cuidadosamente por dentro, preguntando cuando lo hubo hecho:

—¿Quién es ese hombre que con vos y con mi madre está?

Ponce de León, cuya palidez cadavérica había llegado á un extremo horrible, en vez de contestar, preguntó con sorda voz:

—¿Qué es lo que has hecho, desgraciado?

Rodrigo se acercó á su padre y tomándole una mano entre las suyas, y bajando la voz, dijo:

—¡Padre! ¿me habrá reconocido ese hombre?

Don Fernando retrocedió anonadado y soltándose de las manos de su hijo, preguntó:

—¿Qué has hecho de su hija? ¿desventurado!

—Yo, padre, nada, os lo juro; pero...

—¿Pero qué?...

—Cuando asaltamos el jacal, estaba despierta... quiso gritar... el hombre podría despertar, y despertó en efecto, á sus gritos... y mientras yo al primer golpe le tendí en tierra... uno de los indios levantó sobre ella su cuchillo....

—¿Y la asesinó?—dijo aterrado D. Fernando.

—No lo sé;... el jacal tenía sobre el techo unas gruesas piedras que sujetaban las ramas secas... al arder el jacal, cayó sobre mi cabeza una de ellas y perdí el sentido... cuando volví en mi los indios habían desaparecido con la niña... sólo estaba allí, creí que muerto, ese hombre que con vosotros está... me espanté de mi obra y me retiré de él... busqué el dinero y nada hallé; sin duda los indios se lo robaron y huyeron después. Y ahora, padre, decidme ¿quién es ese hombre?

—Ese hombre es nuestro pariente Felipe de Rioja.

—¡Dios mío! ¿entonces ha habido en todo una atroz equivocación?

—Sí, Rodrigo, la ha habido: ¡Dios nos ha abandonado!

—¿Pero las noticias que me disteis?...

—Yo las creía exactas; según ellas, López de Cardona remitió á Veracruz, con dos criados suyos, cuarenta mil ducados.

López de Cardona es rico, muy rico, extraordinariamente rico.

Para nada necesita él esos cuarenta mil ducados y para nosotros eran la salvación.

¡La salvación y la honra!

Bien lo sabes tú, Rodrigo.

Bien lo sabes tú, hijo mío; tú, que, digno heredero del pundonor de tu padre, hiciste á tu buena, á tu pura, á tu ejemplar y santa madre una atroz, aunque disculpable injuria que ella ignora y que yo, hijo mío, te he perdonado.

—¡Ah! ¡padre! ¿por qué me lo recordáis?

Desde el día en que aquella atroz sospecha me ocurrió, todo me sale á través de como lo pienso.

—Mi conciencia me grita sin cesar: ¡mal hijo! ¡parricida!

—Pero vos lo sabéis, padre; todo lo ignoraba yo.

—En mi juvenil inexperiencia, en mi amor hacia vosotros, no podría yo creer sino que Dios os había formado en un solo impulso de su voluntad creadora, como crea al ave y su canto, á la flor y su perfume.

Ignoraba que antes que vos os unieseis á mi madre, López de Cardona habíala inútilmente solicitado.

No me ocurrió que no hubiese dejado de amar á la que tanto merece ser amada, y al encontrarle una noche rondando las ventanas del aposento de mi madre, no pude figurarme que, sin motivo, un hombre se atreviese á fijar tan alto su vista.

El motivo, vos me lo dijisteis, al exponeros yo mis dudas. López de Cardona no ha podido conformarse con la pérdida del tesoro de virtud y belleza que es vuestra esposa y nuestra madre.

Pero por más que esto debiera enorgullecernos, pues nuestro bien envidia López de Cardona al no conformar-

se con su suerte y rondar nuestro tesoro, como ladrón procede y como á ladrón habré de tratarlo si de nuevo osa llegar hasta las ventanas de los aposentos de mi madre.

—Que es buena, pura y santa como debe serlo tu madre, hijo mío;—dijo Ponce de León con acento de reconvencción y cariño.

—¡Es verdad!—contestó Rodrigo;—infame yo que no adiviné el motivo que á López de Cardona llevó bajo las ventanas de los aposentos de mi madre!

—Tu celo y tu amor te disculpan, hijo mío.

Viste la audacia de López de Cardona y la miseria de los Ponce de León, y todo lo temiste del poder del oro.

No puedo yo recriminarte por ello.

Yo, el marqués de Ponce, el vencedor en cien batallas, el amigo de Carlos V, tu padre, que el serlo es mi mayor título de orgullo, descendí hasta aconsejarte un robo, seducido por una suma de cuarenta mil ducados, de las que tantas iguales y mayores derroché en las orgías de mis triunfos.

¿Acaso el haberte aconsejado tal, no es mayor y más infame delito?

—Padre, no digáis otra vez lo que acabáis de decir.

No fué un robo lo que me aconsejasteis, sino un préstamo que quisimos hacernos á la fuerza, porque de buen grado jamás nos lo hubiera hecho López de Cardona.

Para pagarle algún día contabais con vos mismo y con vuestros tres hijos varones, á quienes el trabajo ni humilla ni mortifica.

Pero me elegisteis á mí, de los tres el más inútil, y en vez

de salir adelante con mi empeño, sólo he conseguido comprometeros más y más.

Soy un miserable, padre; pero no mi voluntad, sino un hado fatal ha sido la causa del fracaso.

El jacal, no me cabe duda, era el mismo designado en vuestras instrucciones.

El día y la hora en que le asalté, los mismos que para ello me señalasteis.

¿Por qué los dos criados de López de Cardona no se encontraron allí?

No lo sé, ni era posible haberlo previamente averiguado.

Una vez cometido el primer error, no era fácil enmendarlo ni retroceder.

Yo mismo fuí una de mis víctimas, y abandonado me ví por los indios á quienes asocié á mi empresa.

¿Quién había de decirme que ellos encontrarían su salvación y su impunidad en las montañas que habitan, y que sólo yo vendría á dar á conocer mi crimen á mi misma víctima?

—¡No, eso no sucederá así!—exclamó Ponce de León con voz grave y casi cavernosa.

Felipe de Rioja no te ha visto, pues se hallaba de espaldas á la puerta en que tú te presentaste.

Permanece, pues, encerrado en esta habitación, sin moverte de ella por nada ni para nada.

Rioja debe partir de México lo más tarde mañana al amanecer.

De mi cuenta corre que no vuelva á presentarse en esta casa.

Así nos habremos salvado.

—¿Cuál es vuestro plan?—preguntó Rodrigo, que ha-

bía percibido la sombría entonación dada á sus palabras por su padre.

—Mañana lo sabrás;—contestó Ponce:—hasta mañana nada debes exigir de mí. Obedéceme, y teniendo en cuenta que soy tu padre, y tú mi hijo querido, podrás saber, sin que yo tenga necesidad de decírtelo, que en todo procederé como más convenga á todos.

Ponce de León, dichas estas palabras, salió, cerrando la puerta tras de sí.

Rodrigo, inquieto sin saber por qué, respecto á las veladas determinaciones de su padre, se acercó á la puerta y á ella pegó su oído, con el fin de averiguar, por el ruido de los pasos de su padre, cuando éste no podría verle salir de su encierro.

Pero no pudo averiguarlo.

La tormenta prevista por Alvar, habíase desencadenado.

Los relámpagos se sucedían sin interrupción y los truenos se escalonaban en fragoso desconcierto.

La lluvia, menuda en un principio, caía ya á torrentes, y el viento azotaba con desusada violencia.

Rodrigo esperó aún un largo rato, y al fin se decidió á salir de la habitación desobedeciendo á su padre.

Pero en vano lo intentó.

Ponce de León había corrido el macizo cerrojo por la parte de afuera.

—¡Dios mío!—dijo una vez agotados sus inútiles esfuerzos;—¡qué es lo que va á suceder en esta horrible noche!

¿Por qué mi padre toma conmigo la precaución de encerrarme?

No; yo no quiero permanecer encerrado.

Y acercándose de nuevo á la puerta, con toda la fuerza de que era capaz, Rodrigo gritó:

—¡Padre! ¡padre!

Pero todo fué infructuoso. Como si la tormenta hubiese estado de acuerdo con Ponce de León, el espantoso estrépito de los truenos ahogó una y otra vez los gritos de Rodrigo.



## Capítulo V

## La disculpa de Rodrigo

**C**UANDO Ponce entró en la sala en que había dejado á su esposa acompañando al anciano Felipe de Riosa, éste no se encontraba allí. Juana, cuyos codos se apoyaban sobre la mesa, lloraba ocultando su rostro entre sus manos, y Alvar y su hermana habían ido á recogerse en sus respectivas habitaciones.

Al sentir los pasos de su marido, Juana procuró serenarse y enjugar sus lágrimas, y su hermoso rostro, pues ya dijimos que Juana era muy hermosa, se cubrió de intensa palidez al notar la muy extremada de su esposo.

—¿Te sientes mal, Fernando?—le preguntó.

—Tan poca cosa que no merece nos ocupemos de ella.

—Sin embargo.

—¿Qué ha sido de Rioja?—preguntó Fernando sin dejar concluir de hablar á su esposa.

—Hace un momento que me pidió permiso para retirarse á descansar, y Alvar le acompañó hasta dejarle en la habitación que de antemano habías designado tú para hospedarle.

¡Pobre hombre!—añadió Juana con marcada intención, y sin apartar su vista de las demudadas facciones de Ponce,—¡es bien desgraciado!

—Lo es, sí,—contestó D. Fernando,—quizá más que nosotros.

—¡Oh! sí, mucho más: al menos nosotros formamos una ejemplar familia en que todos nos amamos entrañablemente, nuestros hijos son honrados y trabajadores; nosotros lo somos también, y con un poco de fuerza que nos proporcionará nuestra misma unión, podremos triunfar, triunfaremos del único mal que nos aflige; nuestra relativa pobreza.

—¿Relativa dices?

—Sí, puesto que por medio de nuestro personal trabajo...

—¡Ah! Juana mía, leo tu intención, deseas consolarme, y no obstante, sólo alcanzas á afligirme más y más.

¡El trabajo!

¿De qué servirá nuestro trabajo si mañana ú otro día esta casa y sus terrenos habrán de pasar necesariamente á manos del codicioso López de Cardona, nuestro mortal enemigo?

¡Iremos á solicitar á las propiedades de López de Cardona ú otro cualquiera, un humilde y miserable jornal?

—¿Y por qué no?

—Porque aun en la miseria que nos aflige, yo no he dejado de ser el marqués de Ponce!—contestó con fiero orgullo D. Fernando.

—¡Pobre Fernando mío!—exclamó Juana con los ojos anegados en lágrimas,—¿no nos amas ya?

—¿Puedes dudarle, Juana? ¿por quién entonces me affijo si no es por tí, y por nuestra hija, pobres mujeres que por serlo estáis á mayores desventuras expuestas?

Por vosotras, sí, sólo por vosotras me es dura y amarga la suerte.

Mis hijos Alvar, Rodrigo y Juan, hombres son que dado caso pueden atender á sí mismo, enganchándose como tercios del rey.

Yo... en último extremo puedo acabar con mi vida, en cuyo curso he apurado todas las glorias humanas.

—¡Ah! Fernando, cuán cruel eres en hablarme así!

—Perdóname, Juana mía; pero por lo mismo que mi fuerza se mantiene siempre igual y poderosa, me irrita y desespera más y más el cúmulo de invencibles obstáculos en que impotente se estrella mi energía.

Al presente, bien lo sabes, hemos cedido al codicioso López de Cardona nuestra casa de México; sólo nos queda esta que habitamos, y para mi mayor desesperación su valor sólo llega á los veinte mil ducados que adeudamos aún á nuestro enemigo.

—¿Y por qué no aceptas de tu pariente Felipe de Rioja esa cantidad que espontáneamente te ha ofrecido?

—¡Imposible!—contestó D. Fernando con desesperación.

—Imposible; ¿por qué? Segura estoy de que te facilitaría sin violencia ninguna esta cantidad.

Me lo dijo y repitió, en el momento en que se retiraba á su habitación.

Por cierto que en el tono con que me hizo el ofrecimiento me pareció sorprender...

—¿Por qué te detienes?—preguntó sobresaltado D. Fernando.

Por toda respuesta Juana dió rienda suelta á su mal contenida aflicción, y cuando después de las reiteradas instancias, pudo serenarse un tanto, con voz entrecortada por los sollozos, dijo:

—Perdóname Fernando, que abra en tu corazón la horrible herida que desgarró el mío.

—¡Por piedad! habla, ¡por piedad!—repitió Ponce de León sospechando alguna horrible confidencia.

Juana miró en torno suyo con espantados ojos, y bajando la voz, dijo:

—Acababas de salir de esta sala llamado por Rodrigo.

Durante un momento, Felipe de Rioja, á quien yo había visto estremecerse al oír la voz de nuestro hijo, permaneció en silencio como doblegado al peso imponderable del recuerdo de su hija.

—¿Qué os pasa?—le pregunté yo vivamente interesada.

Y Rioja, como luchando siempre con una tenaz preocupación, sin fijarse en mi pregunta, repitió:

—¡Esa voz! ¡esa voz!...

—Es la de mi hijo Rodrigo,—le dije.

Levantó Rioja sus ojos hasta fijarlos en los míos, y siempre con el mismo acento vago y preocupado, exclamó:

—Disculpad á este padre infeliz, á quien agobia la desgracia.

Soy un loco, mi cerebro no me pertenece; me siento incapaz de dominarle.

La horrible escena del asalto en que perdí á mi hija, no se aparta de mi imaginación.

No puedo apartarla de mí, y esa voz que yo ignoraba fuese la de vuestro hijo...

—¡Le pareció la de uno de los malhechores que le asaltaron!—exclamó Ponce de León con voz ahogada por el espanto y por la cólera.

—No se atrevió á decirlo así,—contestó Juana,—pero como tú acabas de decirlo, así lo dije yo también.

Rioja quiso arrojarle á mis plantas y pedirme perdón, y yo... yo no sé lo que fué de mí.

Mis ojos se deshicieron en amargo llanto, y exclamé:

—¡Oh! impía pobreza, ¡sólo tú puedes dar lugar á tan infames sospechas!

Rioja, pobre anciano, procuró como pudo curar la bárbara herida que había abierto en mi corazón; me ofreció cuanto posee, reiteró sus protestas de amistad hacia todos nosotros, y yo respiré, porque pude entregarme libremente á mi dolor, cuando solicitó mi permiso para retirarse á su habitación, yo se lo concedí, y salió de esta sala guiado por nuestro Alvar, que por fortuna no había presenciado la escena que te he descrito.

Cuando Juana dejó de hablar, el rostro del desventurado Ponce estaba tan rojo como si toda la sangre de sus venas se hubiera en él reconcentrado.

—Rioja está loco en efecto,—exclamó,—más bien como una amenaza que movido de piedad.

Rodrigo es digno hijo tuyo, yo te lo juro, Juana.

—¿Crees necesario jurarlo para que yo lo crea?—repu so la pobre madre:—¿viviría yo si lo dudase? ¡Pero Dios mío! ¿por qué Rioja recordó la voz de los malhechores que le asaltaron, en la voz de mi querido hijo? ¿Por qué al ver á Rioja en esta sala, mi hijo, mi Rodrigo, retrocedió y no quiso pasar del dintel de la puerta?

—¡Juana!—gritó Ponce con cierta indómita fiereza,— ¡no ofendas con tus atroces dudas al mejor de mis hijos! Modelo de filial amor, capaz de cualquier acto de abnegación, pero no de un crimen.

—Así lo creo yo, y sin embargo...

—¡Concluye!

—Desde el momento en que Rioja escuchó la voz de nuestro hijo, comprendí, por más que ocultarlo quiso, que tenía miedo de nosotros.

—¡Y bien!—exclamó enérgicamente Ponce de León,— Rioja es un loco, y á su peligrosa locura debo yo poner remedio.

—¡Fernando!—gritó aterrada Juana,—¿qué es lo que vas á hacer?

En el primer momento, Ponce de León no supo qué contestar, pero tomando sin duda su partido, antes que Juana hubiese tenido tiempo de repetir su pregunta dijo:

—¿Qué voy á hacer? Voy á decírtelo, pues tus dudas acerca de nuestro hijo, no me dejan otro recurso.

La hija de Rioja ha muerto.

—¡Dios mío! ¿quién fué su matador?—preguntó Juana desfalleciendo de espanto.

—Los bandidos que asaltaron á Rioja, y á los cuales nuestro hijo castigó según lo merecían.

—¡Pero cómo se encontró Rodrigo en el paraje en que Rioja fué asaltado? habla, Fernando, pero no trates de engañarme, porque no lo conseguirás.

Ponce de León se aproximó á su esposa, y hablándole casi al oído, después de mirar en torno suyo cual si temiese que alguien le escuchase, dijo:

—López de Cardona tenía que enviar á España cuarenta mil ducados.

Lo supe yo.

Supe también el camino que seguirían los dos criados á quienes encargó la conducción de esa suma hasta el puerto de Veracruz.

—Y Rodrigo se encargó de...

—Calla,—murmuró Ponce cubriendo con su mano la boca de Juana que apenas podía tenerse sobre sí misma.

—¡calla, infeliz! ¡calla la palabra fatal!

Pero el infierno protege á López de Cardona, y cuando en mitad de la noche, Rodrigo acechaba el paso de los criados, llegan á sus oídos voces que demandan socorro y piedad; el resplandor del incendio le indica el lugar donde los malhechores asaltan á Rioja y á su hija; déjase llevar de los nobles impulsos de su corazón, olvida el objeto de su viaje, corre en auxilio de los asaltados, pero llega cuando ya la catástrofe se ha consumado. El jacal es una hoguera, un anciano á quien no conoce, yace, así lo cree, muerto entre los escombros y los malhechores huyen llevándose á la niña que llama con desesperado dolor á su padre.

Siguera Rodrigo, y los miserables se internan en la espesura del bosque, después de dar á la niña impía y cruel muerte.

Mientras tanto los criados de López de Cardona pasan libremente y prosiguen su camino sin perder ni un solo escudo de los cuarenta mil que conducen.

Vuelve Rodrigo impresionado tristemente con el drama que ante sus ojos acaba de tener lugar, y al ir á penetrar en esta sala descubre al infeliz, cuya hija dejó muerta y abandonada en las vastas soledades de los bos-

ques, guarida de los malhechores, y movido de horror y piedad, me llama para enterarme de cuanto acabo yo de referirte.

¡Y ahora bien, Juana mía! ahora que lo sabes todo, ¿necesitaré para poner en claro la noble honradez de tu Rodrigo, necesitaré decirte que si algún crimen hay en la ausencia, que no te explicabas, de tu hijo, sólo yo lo he cometido, fatalmente arrastrado por el grande amor que os tengo, y por la crueldad de la suerte que me persigue?

Juana se echó en los brazos de Ponce de León, y reclinando su hermosa cabeza en el pecho de su marido, se entregó sin reserva á todos los transportes de su amarga aflicción, que se tradujo en angustiosos sollozos que allá, en el exterior de la casa acompañaba la siempre creciente tormenta con el fragor continuado de sus truenos.